

# Los Intelectuales Y el Poder

A nuestra generación le tocó levantarse en la época del totalitarismo, en el "tiempo del desprecio" como le han llamado algunos escritores (del desprecio de lo humano), tiempo que presentó la violencia "como algo indeleblemente inscrito en la condición humana". En nuestra juventud fuimos tentados por esa ciega y voraz fuerza, pero se amontonaron tan rápidamente las atrocidades —vimos tan rápidamente crecer y acumularse terror, despotismos, guerras, violencias y más violencias— que también rápidamente variamos de signo hacia la búsqueda de un humanismo verdaderamente nuevo y verdaderamente humanitario que "por primera vez en la historia luchara, sin apelar a la violencia, contra todas las violencias: contra las violencias establecidas y contra las violencias que se quieren establecer".

Hay miles de hombres de nuestra generación que vieron arder Europa dos veces, que no han cesado de contar una tras otra incesantes revoluciones y matanzas, que contemplaron surgir poderes liberadores para convertirse en poderes opresores y destructivos, que oyeron "grandes palabras" de redención que luego resultaban encubrir fanáticos misticismos sanguinarios . . . en fin, el inhumano mundo nuestro, que ha producido tres clases de reacciones:

1º) La del hombre que cursó la violencia y que envenenado por ella y graduado en ella prosigue en la violencia incorporándola a su existencia y justificándola con una nueva moral inhumana.

Esta clase de hombres no son solamente los terroristas o los agitadores. Hay otra violencia peor que es la institucionalizada. La violencia de un orden establecido que explota, que se basa en la sujeción y en el violento mantenimiento de la injusticia social.

2º) La segunda reacción es la de los hombres cómplices. La de los cobardes. La de los que pierden en la violencia la tabla de los valores morales y prefieren callar, o prefieren el negocio, o la posición o los beneficios de halagar al Poder, que dar su colaboración a la erradicación del mal. Es el caso de la portera parisiense que narraba Albert Camús:

—“Los pisos del edificio de la Gestapo, en la calle de la Pompe, resonaban con los gritos de los atormentados, pero la honrada portera que cuidaba la casa declaraba: “Yo no me meto en lo que hacen mis inquilinos” . . .

3º) La tercera reacción es la del hombre que se coloca decididamente al lado del hombre. En este humanismo —que yo llamaría sin temor “humanismo cristiano” si no fuera que muchos cristianos, incluso jerarcas, asumen más bien la postura de la portera de Camús— el hombre sabe que es su deber ineludible, en primer lugar, dar su testimonio contra todo lo que oprime o deprime la dignidad humana, y, en segundo lugar, estar presente en todos los esfuerzos de la ciudad temporal, cuando ésta trata de construir un mundo más humano.

Esta corriente es la que ha colocado a buena parte de los hombres de nuestra generación, especialmente a los intelectuales bajo el signo de la lucha contra el Poder.

En toda América, los intelectuales que no se han dejado enrolar en las filas de la violencia, han sostenido esa lucha —prolongada y extraña— no por el Poder sino contra el Poder.

El Poder entre nosotros ha dejado de ser Autoridad (la Autoridad no sólo favorece sino que produce libertad) para convertirse en un antagonista hostil y al acecho de la libertad de los gobernados. Albert Camús, a quien acabo de citar, pone en boca del protagonista de su obra de teatro “CALIGULA”, esta frase que resume el significado del Poder para nuestros gobernantes:

—“Acabo de comprender, al fin —dice Calígula— la utilidad del poder. Da posibilidades a lo imposible. Hoy y en el futuro, MI LIBERTAD NO TIENE FRONTERAS.

El Poder no piensa —como la Autoridad— en la libertad de los demás sino en su propia li-

bera ilimitada; y toda la lucha de nuestra generación ha consistido en disminuir, en reducir esa brutal expansión del Poder, esa libertad cada vez menor, cada vez más invasora del Poder avasallando al ciudadano.

En otros países el crecimiento monstruoso del poder se respaldó en filosofías e ideologías. Así nuestra generación ha conocido esas gigantescas masas de poder opresor que se llamaron Hitler, Stalin, Mao . . . sin paralelo en la historia, que se levantaban y levantan como fruto de un sistema ideológico. En nuestra América adquirimos el vicio de esa enfermedad de Poder pero sin su estructura ideológica. Fue una hinchazón tropical, que produjo paralelamente desarrollos monstruosos como Trujillo o inflaciones tan desproporcionadas como la que sufre Nicaragua otra vez abocada al renacimiento de su tumor tropical.

La lucha de nuestra generación (la historia misma de LA PRENSA) ¿qué ha sido sino tratar de defender las fronteras de la libertad ciudadana —lucha casi elemental, incesante y desigual— contra el avance del Poder? En esa lucha se han gastado y han caído —dando su testimonio— lo más grande de la intelectualidad nicaragüense.

Pero ¿por qué el intelectual debe colocarse CONTRA el poder? preguntará el acomodaticio. ¿Por qué debe DETENER al Poder?

Porque el terreno de la inteligencia y de la cultura es la libertad. Si avanza la libertad del poder se reduce el ámbito de la libertad creadora y del desarrollo humanista. Además, porque el Poder, cuando traspasa los límites de la Autoridad se convierte en violencia. De hecho la historia del Poder en Nicaragua es una historia de violencia y el intelectual debe inclinarse siempre —contra la violencia— a favor del desposeído, del avasallado, del oprimido. Y mucho más si el intelectual es cristiano.

Dice un místico católico que si en medio de un éxtasis oyera el lamento de un pobre, abando-

naría su contemplación de Dios para acudir en ayuda del mendigo.

Y qué hubiera dicho ese místico si en vez del lamento de un pobre escuchara el gemido de los torturados? . . .

P.A.C.